

RICARDO MACÍAS PICAVEA: *El problema nacional* (reedición de la obra impresa en Madrid, en 1899, por Victoriano Suárez). Con una nota preliminar de Federico Sainz de Robles, Colección «Administración y Ciudadano». Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1979, XXIV + 390 pp.

1. Ricardo Macías Picavea nació en Santoña (Santander) en 1847 y murió en Valladolid el 11 de mayo de 1899. En la villa montañesa, según creo, el nuevo Ayuntamiento estaba a punto, el verano pasado, de dedicarle una calle. En la capital pinciana hace tiempo que tiene dedicada una placa en la casa en que murió. En la misma plaza de la Universidad, haciendo esquina con la calle Ruiz Hernández, los estudiantes de Derecho y Letras tenemos oportunidad de verla cada mañana a la salida de la Facultad, después de que, en los inicios de

un curso de Derecho administrativo, el impulsor de esta colección donde ahora se reedita *El Problema Nacional* y entonces catedrático de la Universidad castellana nos hiciera caer en la cuenta de la obra y el significado del regeneracionismo y en especial de las figuras de Costa y Macías Picavea, cuyo nombre lleva también el canal que atraviesa buena parte del páramo castellano por la comarca riosecana, en plena Tierra de Campos...

Recordaba yo estas pequeñas anécdotas personales al hojear la edición que acaba de publicar el

Instituto de Estudios de Administración Local del libro más conocido e importante de Macías Picavea, precedido, además, de una nota preliminar de Federico Sainz de Robles, hoy magistrado del Tribunal Supremo y hasta no hace mucho tan vinculado también a la ciudad del Pisuerga como magistrado de su Audiencia y colaborador igualmente de su Universidad en el Departamento de Derecho administrativo, en aquellas clases en las que aprendimos que la ley, el reglamento y la distribución del Poder tenían mucho que ver con las proyecciones ideológicas, con la realidad cotidiana y con el conocimiento de nuestra historia más reciente. Lejos estaba yo de pensar, entonces, que la curiosidad estudiantil despertada iba a tener la oportunidad, años más tarde, de ser satisfecha con la lectura de la edición completa de una obra, por más que citada, del todo desconocida en su verdadera dimensión... En cualquier caso, la reedición de esta obra y de otras relegadas al olvido o a la reducida difusión del bibliófilo, el investigador o el erudito me parece una labor encomiable de la colección «Administración y ciudadano», recientemente puesta en marcha por el Instituto de Estudios de Administración Local, que cumple, con este título, el número cuatro de los hasta ahora publicados (siete en total en el momento en que escribo estas páginas, algunos en la misma o parecida dirección del libro de Macías, como las dos obras de Julio Senador Gómez, *Castilla en escombros* y *Los derechos del hom-*

*bre y los del hambre*, núm 2 de la colección), iniciándose así una tarea de recuperación histórica en la que está presente, como se decía en la presentación de la colección, la conciencia de «que muchos de nuestros actuales problemas son ya muy viejos en nuestra historia y están, además, planteados en otros muchos ámbitos geográficos...»

2. Ricardo Macías Picavea nació, como digo, en Santoña (Santander) en 1847, un poco por casualidad. Su padre, militar de profesión, estaba allí destinado en un regimiento de Infantería. Después de haber cursado los primeros estudios en su villa natal hace el bachillerato en León y comienza la carrera de Filosofía y Letras en Valladolid para acabarla en Madrid. Republicano desde la juventud, fue discípulo destacado y amigo de J. Sanz del Río, el introductor del krausismo en España, obteniendo en 1874 una cátedra de Instituto, primero en Tortosa (Psicología, lógica y ética), pasando después a Valladolid en 1878 para explicar latín y castellano y permutándola más tarde en el propio Valladolid por la cátedra de Geografía e Historia.

Hombre laborioso y serio, sencillo y honrado, cultivó diversos géneros literarios combinando su individualismo con un agrio pesimismo, obstinado en la idea de partir desde cero, de innovar todo a toda costa, convencido—como dice Tierno—«de que antes que él nadie había sabido enseñar latín en España y que la Geografía era una ciencia incógnita hasta que su curiosidad y buena intención le llevó a leer unos manua-

les extranjeros» (1). En este contexto, quizá, se enmarque su *Geografía elemental* (Valladolid, 1895) o su *Compendio elemental y razonado de gramática general y latina* (Valladolid, 1893, 4.<sup>a</sup> ed.).

En 1881, junto con Miguel Marcos Lozano y otros funda «La Libertad», «periódico democrático de intereses morales y materiales» que habría de ser plataforma de muchas de sus ideas sociales y políticas. Fue autor, junto con su amigo José Muro, de unos *Apuntes para el estudio de la Historia universal*, de otros influyentes *Apuntes para la Instrucción pública en España y sus reformas* (Madrid, 1882, según J. Solana y Valladolid, 1882, según Tierno) junto a un libro titulado *Criticas y ensayos*. La dimensión estética, en la que destaca, viene constituida por dos largos poemas: *Cosmos*, de influjo krausista, y *Andrés y María* muy en la línea de su más conocida novela: *Tierra de Campos* (2 volúmenes, Madrid 1897-98) en la que su héroe, Manuel Bermejo, encarna el talante regeneracionista del que participan otros personajes de ficción de la época, personajes que «constituyen el doble literario de una juventud pequeño-burguesa, sentimentalmente rebelde, edípicamente desafiliada de las generaciones adultas más o menos comprometidas con el Estado de la Restauración, inadaptada, hipercrítica, y aparentemente retardadora...» (2), que encarnan también

la crisis de la pequeña burguesía regeneracionista como «la contradicción entre su condición burguesa y la forma específicamente oligárquica de la dominación burguesa en España» (3), en la España de finales de siglo en la que, «forzados a elegir entre la subordinación al orden oligárquico de la Restauración o la renovación de una alianza—ahora al menos igualitaria—con el movimiento obrero, opta por la protesta moral y la inhibición política» (4). Buena parte del significado político e ideológico del regeneracionismo, del que participó como una de sus más destacadas figuras Macías Picavea, junto con otros como Mallada, Isern, Morote, Senador y el propio Joaquín Costa, se contiene en esta cita de Alfonso Orti. Sobre ello volveremos después. Baste decir ahora, para terminar con este esbozo biográfico de Macías Picavea, que fue autor de otras dos novelas, de corte galdosiano, según apunta Tierno: *La mecánica del choque* y *El derecho a la fuerza* junto con un drama en colaboración, *La muerte de Cervantes*.

Con todo, el libro más importante de Macías Picavea fue su última obra, editada muy poco antes de su muerte ocurrida en

introdutorio a la reedición completa, en dos tomos, de la obra de Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo*, según la primera edición del Ateneo de Madrid de 1902, Ediciones de la Revista de Trabajo, Madrid, 1975. El prólogo de Orti es, más que una Introducción, un verdadero libro monográfico sobre la época, el regeneracionismo y Costa desde planteamientos sugestivos y novedosos. Tiene dicho Prólogo 287 páginas y la cita corresponde a la página XCV.

(3) Vid. A. ORTI: *Estudio introductorio*, cit., p. XCVI.

(4) *Ibidem*, p. XCVIII.

(1) Vid. E. TIERNO GALVÁN: «Macías Picavea y el Regeneracionismo», en *Estudios de Ciencia Política y Sociología*, homenaje al profesor Carlos Ollero, Madrid, 1972, pp. 801-826. La cita, en p. 803.

(2) Vid. ALFONSO ORTI en el Estudio

mayo de 1899 en Valladolid. En *El problema nacional*, que ahora se reedita, se concitan, en efecto, todas las claves del regeneracionismo y en él están presentes sus contradicciones y sus significados hasta el punto de poder considerarse a este libro como arquetipo de su ideología en la medida en que viene a continuar el de Mallada, *Los males de la patria* (5), y es más lineal que la compleja y contradictoria obra de Costa.

3. La obra de Macías Picavea, en efecto, hay que encuadrarla en el movimiento regeneracionista que surge en España a finales de siglo sustentado por las capas intelectuales de la burguesía media y pequeña y que se vincula, como afirma Tuñón de Lara, «a la crítica y revisión del sistema político de la Restauración, de sus prácticas caciquiles, de la estruc-

tura socio-económica que la sustenta» (6).

Hay dos interpretaciones, como es bien sabido, de este movimiento regeneracionista y de la obra de Macías por tanto, en cuanto éste es una de las figuras claves del movimiento. Dos interpretaciones también de la obra de la otra gran figura de la época, Joaquín Costa, y de lo que luego se denominaría el costismo.

Está, de un lado, la interpretación de Costa y de Macías Picavea como prefascistas, interpretación sostenida por el profesor Tierno Galván en dos trabajos fundamentales (7). Para Tierno «en Picavea hay más que en germen un totalitarismo de signo fascista que (...) procede de Costa, del que ni siquiera falta el hombre providencial» (8). Partiendo de la dura y cruel crítica de la sociedad española de la época, de las prácticas caciquiles, de la inoperancia de los partidos turnantes y de su innato pesimismo respecto del presente y del pasado Macías Picavea llegará, en efecto, a la crítica de todo parlamentarismo proponiendo finalmente el cierre de las Cortes por diez años y propugnando «un hombre»; la llegada mesiánica de alguien que resolvería no sólo los problemas concretos fugitados sino también el verdadero problema, «el pro-

(5) El libro de LUCAS MALLADA: *Los males de la patria y la futura revolución española* se publicó en 1890, y fue reeditado, en versión no completa, con selección, prólogo y notas de F. J. Flores Arroyelo, por Alianza Editorial, Madrid, 1989. La reedición incluye íntegros los capítulos primero, segundo, quinto y séptimo, excluye el sexto y recoge parcialmente el tercero y el cuarto.

Aparte de los trabajos que se citan separadamente sobre el regeneracionismo o, más en concreto, sobre la figura de Ricardo Macías Picavea, trabajos en los que se encuentran datos aislados de su biografía, algunos otros los tomo de la *Introducción* de Fermín Solana a una edición no completa de *El problema nacional* publicada por Ed. Seminarios y Ediciones, Colección «Hora H», Madrid, 1972. (Única que conozco anterior a esta íntegra del IEAL). A cargo de F. Solana estubo, en esa ocasión, la *Introducción*, los enlaces—resúmenes de lo no transcrito íntegramente—y las notas. La *Introducción*, con el título «Esquema para Macías Picavea», en pp. 9 a 39.

Vid. también sobre Macías, J. L. ABELLÁN: «El costismo de Macías Picavea», en *Revista de la Universidad de Madrid*, volumen XIX (1970), pp. 18-20.

(6) Vid. M. TUÑÓN DE LARA: *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*, Edicusa, Madrid, 1974, p. 70.

(7) Se trata del ya citado *Macías Picavea y el regeneracionismo* y de *Costa y el regeneracionismo*, Barcelona, 1861, y luego en *Escritos 1950-1960*, Ed. Tecnos, Madrid, 1971, por donde cito. En concreto, la referencia a Macías Picavea, en este último trabajo, en pp. 394-407.

(8) Véase Costa y *el regeneracionismo*, cit., p. 407.

blema nacional» de la decadencia que vendría gestándose, a su juicio, desde siglos atrás.

Desde estos antecedentes Tierno aludirá a Macías diciendo de él que «sabía criticar y construir un sistema crítico coherente, pero incurría en la generalización y recurría al método simplificador del dogmatismo cuando de construir se tratada. Al pequeño burgués le ha gustado siempre elevar la crítica y el pesimismo a categorías históricas» (9), pesimismo respecto del pasado que inclina a Tierno a clasificar a Macías—y a buena parte del regeneracionismo—entre los innovadores (a diferencia de los reformadores, más vinculados a la Institución Libre de Enseñanza, que quieren una reforma acorde con las exigencias de su tiempo sin desvincularse del pasado) que pretenden comenzar desde cero criticando todo lo anterior con la mirada puesta en «una solución perfecta», lo que les llevó, según él, a descubrir, inventar e importar «muchas cosas que estaban ya descubiertas, inventadas e importadas» (10). En ningún momento niega, sin embargo, Tierno la honradez y buena intención de Macías al buscar soluciones a los problemas del país, pero sí constata el papel objetivo que sus escritos jugaron y las notas que les caracterizaron: «cientificismo, crítica del pasado, tecnocracia y, al mismo tiempo, invocación a los elementos irracionales, a la voluntad colectiva, al entusiasmo, etc.» (11), es decir,

y en otras palabras, que «la contradicción implícita en los fascismos de negar la historia para comenzarla de nuevo racionalizando el futuro, pero sin negar los mitos nacionales ni el propio concepto romántico de nación, se insinúa en los prefascistas españoles» (12), entre los que habría que contar a Macías Picavea cuyas teorías contribuirían a ir creando la base ideológica propicia para el nacimiento de las actividades fascistas en cuanto teorías para la acción (13).

(12) *Ibidem*, p. 812.

(13) A este propósito apunta Tierno cómo el libro de Macías Picavea caló lentamente en la minoría intelectual vallsolstana y tuvo un influjo, al menos indirecto, en la ideología de las JONS. Así, aporta una cita de Legaz y Lacambra, que ha sido utilizada también por otros autores, para apoyar su punto de vista: «Sonará muy extraño—dice Legaz—sin duda, asociar el nombre de Macías Picavea a la idea de nacional-sindicalismo, pero es de él este párrafo, con el que queremos terminar este estudio que apenas ha sido más que una antología de textos picaveanos, y que cualquier nacional-sindicalista podrá hacer suyo, porque su frase final, *Arriba España*, que seguramente no se había dicho nunca antes de Macías y que no volvió a repetirse hasta *La Conquista del Estado*, expresa bastante rotundamente una actitud espiritual de no conformismo con el renacimiento de España, de discrepancia con el derrotismo ambiente y de lucha con las propias tendencias personales a dar por irremediable la situación.» (Vid. L. LEGAZ LACAMBRA: «Ideas político-sociales de Ricardo Macías Picavea», en *Estudios de Historia Social de España*, t. II, Madrid, 1952, pp. 60-61, recogido, como digo, por TIERNO GALVÁN en su trabajo *Macías Picavea y el regeneracionismo*, cit., páginas 824-25.)

El párrafo de Macías a que se refiere Legaz Lacambra, y que él mismo reproduce a continuación de las palabras anteriormente transcritas, es el siguiente: «Hay que volver cuanto antes y a todo trance a nuestro ser y modo propios, y ya se verá cuán pronto torna a surgir la savia abundante, sana y fecunda, reverdecándose donde quiera y floreciendo el árbol nacional, hoy desmochado y aterido. Los frutos vendrán en seguida. No hay fór-

(9) Véase *Macías Picavea y el regeneracionismo*, cit., p. 803.

(10) Véase *Macías Picavea y el regeneracionismo*, cit., p. 805.

(11) *Ibidem*, p. 811.

Hay también otra interpretación del regeneracionismo más matizada que la que acaba de exponerse de forma necesariamente concisa. Una interpretación que destaca, sí, las contradicciones de la obra de Macías Picavea, su tendencia a pasar de la crítica del caciquismo a la crítica de todo parlamentarismo, pero que diferencia también muy claramente la primera parte de *El problema nacional* y lo que Macías llama los remedios, y que, además, sitúa a la obra en un tiempo, en la crisis ideológica de fin de siglo. Tuñón de Lara insiste en este último extremo. Picavea está en su tiempo, en una España viciada y caciquil, agraria y subdesarrollada, y el escritor

mula, por otra parte, más depuradora de todo arbitrista o ideológico o inadecuado, siempre estéril, en esta rraeria: marchar constantemente en la nación y con la nación. En los senos inviolables y en los inaccesibles rincones, en montañas, comarcas apartadas y escondidos valles superviven aún esos restos indígenas de patria, y en el alma profunda de todo el pueblo, allí donde moran los estratos subsíquicos de lo espiritual inconsciente, latén asimismo, cual enterrados, gérmenes que sólo esperan una burbuja de oxígeno, una gota de humedad y un rayo de sol para desentumecerse, reiniciar la gestación y surgir de nuevo a la superficie y a la vida, gritando: *¡sursum corda!*, ¡Arriba España! (La cita, para la actual reedición del IEAL, en p. 318. Está incluida esta página en la parte dedicada a «Los Remedios; lo que hay que hacer, capítulo XXI: Explicación. Idea general.»)

Con un carácter más general, recientemente, J. Jiménez Campo aludirá al regeneracionismo en una línea semeiante a la apuntada por Tierno y recogida en el texto. Este autor dirá, concretamente, que el regeneracionismo «de expresión del descontento de amplias capas burguesas y pequeño-burguesas tras el 'desastre' de 1898 pasa a incorporarse a los programas y definiciones ideológicas de un sector del bloque dominante». (Vid. J. JIMÉNEZ CAMPO: *El fascismo en la crisis de la II República*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1979, pp. 90-99. La cita concreta, en p. 94.)

castellano tipifica únicamente la crítica al sistema con una peligrosa inclinación, eso sí, a confundir la parte con el todo, el espejo deforme del parlamentarismo y de los partidos, tal y como aquí funcionaron, con el conjunto global de las instituciones democráticas. Sólo en este último sentido tendría razón, a mi juicio, la tesis de Tierno, pero ello no invalida, al margen de su estilo retórico y cientificista, la crítica a la sociedad de su tiempo, desde una idea de España sentida con desilusión y con dolor, exagerado a veces, poco acertado otras, pero siempre reulsivo, sincero, pasional.

Es verdad también que Macías Picavea pudo influir con su obra a sentar las bases de una ideología autoritaria tras una lectura interesada de su libro fundamental. Pero los resultados escapan al autor. Lo escrito adquiere vida propia y juega un papel objetivo, histórico. Contra su propio autor, incluso. Ese es el papel de las obras humanas. Un papel a enjuiciar también históricamente, sin proyecciones miméticas. Tierno puede tener razón en su apreciación. No soy un especialista del tema, ni siquiera un historiador de las ideas, para adentrarme por ese camino. Lo que quiero decir es que creo que la tesis de Tierno no es tan radical y simplista como a veces se la ha presentado y que, en todo caso, la posible influencia de Macías o de Costa en los pensadores fascistas posteriores, su hipotético papel de prefascista *malgré lui*, no obsta para valorar su crítica, su descripción, su atención a los problemas concretos, su rebeldía, una rebeldía «como deci-

sión ética», según afirma Sainz de Robles en el prólogo de la presente edición de *El problema nacional* (14), que repudia el modelo político vivido, su desnaturalización. Una rebeldía, en fin, que directa o indirectamente, cercana o lejanamente, proviene del krausismo también, de su vertiente educacional, ética, aunque al final variarían los remedios propuestos. «Giner, hace falta un hombre», cuenta Fernando de los Ríos que decía Costa a Giner. Y Giner respondió: «Joaquín, lo que hace falta es un pueblo» (15).

Pero aquí también es preciso, en descargo de toda una generación, apelar a su tiempo, a la pérdida fe en el sistema, a la ineficacia y al cansancio, al hecho de que mientras algunos creen en el modelo y repudian su puesta en

(14) Vid. p. XVI de la *Introducción*. A este propósito Sainz de Robles distingue lo que él denomina 'espíritu crítico' del 'espíritu rebelde', y dirá: «El crítico se instala confortablemente en un punto alejado de la realidad observada, que es ciertamente indispensable alcanzar para abarcarla, pero esa instalación propende a hacerle creer dos cosas igualmente inexactas: primero, que la situación que contempla resume y cierra un ciclo completo de existencia y, segundo, que él no es en modo alguno responsable de lo observado; ambas cosas, que en principio son exigencias teóricas, acaban convirtiéndose, si el espíritu de rebeldía no lo impide, en postulados éticos» (página XIII de la misma *Introducción*).

(15) La anécdota, bien reveladora de la distinta óptica de cada uno de los interlocutores y de los «remedios» propuestos, si de remedios cabe hablar, la tomo de J. JIMÉNEZ LOZANO en su *Presentación* a la reedición de los libros de JULIO SENADOR GÓMEZ: *Castilla en escombros* (1.ª ed. de 1915) y los *Derechos del hombre y los del hambre* (1.ª ed. de 1929), reedición a cargo del Instituto de Estudios de Administración Local en la misma colección «Administración y ciudadano», Madrid, 1978, p. XXX. Jiménez Lozano, a su vez, la toma de J. B. TREND: *La civilización de España*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1955, pp. 188-69.

práctica, otros ven en su concreción la pérdida de validez del modelo, expresión objetiva de su crisis, en definitiva. El modelo propuesto a cambio es, desde luego, autoritario en Macías Picavea —como en Costa—, es educacional en otros institucionalistas, pero el objetivo último, con todo, quizá era también liberal y democrático (16). No entremos, sin embargo, en un proceso de intenciones. Limitémonos a la primera parte de la obra de Macías Picavea, la que es reconocida por todos, y por encima de encontradas interpretaciones, como la más válida y lúcida, la más digna de ser tenida en cuenta. Y no tanto por tratarse de un elenco de agravios y de males concretos —exagerados unos, desaparecidos otros—, sino por su significado, por su actitud, porque la mayor parte de las veces «no son tanto las palabras, sino la misma voz» lo que interesa (17); es decir, porque, también hoy, siguen importando más las voces que los ecos.

4. ¿Qué importa hoy, pues, de la reedición de la obra de Macías Picavea? ¿Qué es lo que interesa retener?

Ante todo y por encima de cualquier otra cosa pienso en la actitud simbólica de su alegato. La reivindicación de un pensamiento

(16) En este sentido, por ejemplo, cfr. E. DÍAZ: *La filosofía social del krausismo español*, Edicusa, Madrid, 1973, página 212.

(17) Vid. F. SAINZ DE ROBLES, en la *Introducción* a esta reedición de *El Problema Nacional*, p. XVII. La frase completa del autor de la nota preliminar es: «En suma, no son tanto las palabras, sino la misma voz y por el hecho de clamar en el desierto, con el propósito de que deje de serlo, lo que verdaderamente importa.»

crítico español con todas las limitaciones de su procedencia y, quizá, de su destino. La conciencia de que hay que asumir la historia y proyectarla y de que la reflexión sobre ella es importante y enriquecedora.

Puede haber también hoy una lectura interesada de la obra de Macías Picavea y una trasposición mimética del todo que en ella se contempla a la situación actual. Evidentemente no sería esto lo que ha movido a los responsables de la edición para ponerla al alcance del lector medio interesado. No está en esa posible proyección histórica el interés de la obra, aunque sea una tentación en ocasiones. La España de hoy no es, desde luego, la de finales de siglo, ni en lo económico, ni en lo social, ni en lo político. Ni siquiera en lo cultural. De modo que no sería —en la mayor parte de los casos— honesto y razonable hacer tabla rasa de ochenta años de la vida de un país. No. No se trata de esto, en mi opinión.

Se trata de reflexionar a la luz del libro, al margen de sus soluciones científicas, tan en boga entonces, con independencia de sus remedios tantas veces simplistas. Y reflexionar sobre nuestra historia más reciente para proyectarla simbólicamente, por encima de las concreciones a que hace un momento me refería como ejemplo para lo que no debe servir esta reedición. Detenerse a pensar sobre nuestra actualidad, nuestra sociedad, nuestra situación.

Porque también hoy es posible y existe —por otras razones, en muchos casos— el desencanto, la desilusión. Desilusión y desencanto

tantas veces lógico y natural, cargado de razón, pero también, en ocasiones, proveniente de un sector de la intelectualidad cuyo papel no aciertan a comprender los políticos en activo, como tampoco a veces los propios intelectuales comprenden el papel concreto y poco brillante de aquéllos. Unos intelectuales que quizá pertenecen, en ocasiones, a la última generación «krausista», si se me permite esta expresión seguramente ahistórica, que asisten expectantes al espectáculo de la trivialidad y el pragmatismo y que por ello pueden tener la tentación de convertirse rápidamente en fariseos, según explicaba a otro propósito Rafael Sánchez Ferlosio en un periódico madrileño (18), es decir, en personas que construyen su razón sobre la sinrazón, el error o la maldad ajenas, en individuos que —recogiendo una frase de Max Weber que cita S. Ferlosio— utilizan la «ética» como instrumento para «tener razón».

Desencanto. Pero para que exista hace falta un previo encantamiento, una actitud soñadora, mítica en el fondo. Y, sin embargo, no faltan las razones. Pero es necesario tener una gran altura moral para sacar a relucir la crítica y la rabia y las ideas. A los hombres del regeneracionismo de finales de siglo se les pueden criticar sus soluciones y sus diagnósticos, sus descripciones y sus remedios, pero no se les puede objetar nada, pienso, desde la óptica de una gran pasión y una altura moral sin alti-

(18) En *El País* del día 25 de noviembre de 1979, p. 13. El título del artículo de RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO era: *Restitución del fariseo*.



bajos. Y, sin embargo, hoy tampoco creo que se pueda ser—como lo fueron ellos, en buena medida—doctrinario, dogmático y arbitrista. El «basta ya» de oscuridades, de ambigüedades y de falta de rigor a que se refiere F. Sainz de Robles en el prólogo al libro a que nos estamos refiriendo (19) no puede ser un grito aislado porque «los hechos morbosos, patológicos, si no se explican con precisión sus orígenes, tan sólo sirven para aumentar la confusión» (20). Macías y los demás regeneracionistas, como algún otro posible arbitrista de hoy en día, creyeron que antes de ellos todo había sido—o es malo e inútil—(21), y existió la vana pretensión de empezar desde la nada, «como si lo que se ha sido no condicionase lo que se es, incluso cuando está por medio una revolución» (22).

La actitud del lector español de 1980 ante *El problema nacional* tiene que ser una actitud reflexiva, no mimética, pero sí atenta y crítica, superadora de la postura ajena y negativa de pretender arramblar con todo. Por el contrario, se trata, como ha dicho también Tierno Galván, de «comprender lo que hemos sido para educarnos y entrenarnos, de acuerdo

(19) Vid. p. XXII.

(20) V. F. DE ANTÓN DEL OLMET, marqués de Dosfuentes: *El alma nacional, sus vicios y sus causas*, Madrid, 1915, página 178, citado por E. TIERNO GALVÁN: *Macías Picavea y el regeneracionismo*, cit., p. 814.

(21) En este sentido E. TIERNO dirá: «Pesimismo y nihilismo son dos condiciones propias de todo intelectual español que cree que antes de él todo fue malo o inútil» (*Macías Picavea y el regeneracionismo*, cit., p. 807).

(22) Vid. E. TIERNO: *Macías Picavea y el regeneracionismo*, cit., p. 808.

con lo que somos, para lo que queremos ser» (23). Una actitud cercana, si no la misma, a esa otra tantas veces denostada con el calificativo poco menos que insultante de posibilismo. Y que, sin embargo, tiene que tener su carga de utopía también para no caer en el puro pragmatismo. Utópicos pero nunca simplistas. Ni en las causas, ni en los remedios. Pero para poder afrontar éstos desde coordinadas políticas, de acción, es preciso conocer y escudriñar las causas, los orígenes. La historia. Y ahí sí, ahí el intelectual tiene mucho que decir, que opinar, que estudiar. Que hablar. Que educar y enseñar. Es la gran tarea de hacer un pueblo a que se refería Giner de los Ríos al contestar a Costa. Es una tarea, seguramente, llena de contradicciones también, pero ¿es que realmente es posible la coherencia absoluta? Una actitud plagada de dudas y vacilaciones, pero esa es justamente, a mi entender, la postura característica de la actitud intelectual, que duda hasta de la propia duda, que se debe fijar en el contexto por encima del concepto, del encasillamiento, del dogma, sea cual sea. Una actitud en continuo equilibrio, propensa a la ambigüedad, pero en todo caso más útil en su función que la mera sustitución de otras instancias representativas que potenciara lo que se ha denominado «la república de los profesores». No es fácil concretar más, ni ser más explícito, pero creo que se entiende lo que quiero decir.

(23) Vid. E. TIERNO: *Macías...*, cit., página 811.

5. Precisamente uno de los mejores capítulos del libro de Macías Picavea es el dedicado al problema de la enseñanza. Y quizá, también, con toda probabilidad, el más válido todavía hoy. No se trata, como he dicho antes, de hallar mimetismos o situaciones paralelas a las descritas por él, aunque en este campo de la educación y la cultura es, quizá, donde menos se notan los desfases. Y es que la sociedad ha cambiado en los aspectos materiales de las condiciones de existencia, afortunadamente, pero quedan aún enraizados los valores sociales que una sociedad movida por el lucro y el consumo inmediatos no ha sabido orientar hacia la valoración social de la educación en sí, de la cultura en cuanto que elemento enriquecedor y sustentador de la convivencia e incluso en cuanto que inversión rentable a largo plazo. Por eso es posible hallar, apenas enmohecidas por la desusada retórica de un estilo ampuloso, largas descripciones en el libro de Macías que recuerdan tanto a situaciones vividas en la actualidad. Como cuando habla, por ejemplo, de la enseñanza universitaria, de la escasez de investigación por falta de medios, de dinero, de tiempo y de ambiente. De los escasos haberes de los profesores, del vacío interior y de la falta de asistencia social. O como cuando habla de los exámenes con frases que deberíamos recordar continuamente: «... a ellos se subordinan el mecanismo entero de la enseñanza pública: los catedráticos, convertidos en examinadores; los libros didácticos, que

debieran ser auxiliares amigos, transformados en los odiosos textos con extractos; los programas, cuya función consiste en ser guías amplias de información doctrinal, metódica y bibliográfica para el estudiante, derivados en índices ramplones de materias; la enseñanza educadora, informante de la inteligencia del alumno, creadora de su conciencia y saber técnicos, corrompida en una superficial y artificiosa preparación para el tal examen, tras la cual sólo queda el fuego futuro de aquel momento, y luego la perpetua oscuridad de la ignorancia» (p. 112). Pero, ¿se pide, quizá, otra cosa: competencia, dedicación, espacio, retribución, tiempo? A juicio de Macías, no. Los padres de familia, la sociedad, en suma, «piden carreras facilísimas, cortísimas, baratísimas (...); piden textos, textos, sí (se enfadan, si no se les previene), buenos o malos (que eso a ellos les tiene sin cuidado), pero cortados por el patrón del antiguo Don Juan Remedía Vagos y a dos pesetas la gruesa; piden matrículas libres y exámenes por enero; piden que las vacaciones de Navidad empiecen el 1 de diciembre (...); piden profesores de manga ancha, estudios de manga más ancha y exámenes de manga anchísima...» (p. 111). Y el pasaporte, en fin: el título.

No sé cuánto de exagerado hay hoy en estas descripciones, pero lo que me interesa, por encima de las similitudes más o menos acusadas, es reflexionar sobre un hecho que sí que está ahí. Una Universidad criticada, pero desasistida; unos profesores a los que,

quizá, no se les exija y controle todo lo que se debiera, pero que, como ha dicho Alejandro Nieto no hace mucho, tienen que «sobreponerse a las frustraciones académicas de unas condiciones de trabajo inadmisibles, sin retribución económica ni social digna y sujetos a toda clase de azares y humillaciones» (24). Y es que, como también se ha repetido, «nuestra sociedad no está atrasada en el terreno económico, social y cultural, porque esté atrasada nuestra educación, como a veces se dice. Es nuestra educación la que está atrasada porque lo está la sociedad a la que sirve» (25). Este es el tema. En la tarea de hacer un pueblo, cada uno tiene que asumir su papel con honradez. Los regeneracionistas asumieron el suyo, pero tal vez incurrieron en un error, típico, por otra parte, de los intelectuales. Un error que es posible esté reproduciéndose: el hipercriticismo, que no arregla las cosas, aunque produzca una satisfacción personal. No es que reniegue de la crítica, connatural a toda tarea intelectual. Lo que trata de decir—enlazando con algo anteriormente apuntado—es que

(24) En el Prólogo a los «Índices de los años 1950-1973, números 1 al 72» de la *Revista de Administración Pública*, página XXVI. En este Prólogo, que constituye una reflexión y una mirada atrás acerca del significado en la ciencia jurídico-administrativa española de la comúnmente denominada RAP, el hoy profesor madrileño traza un sombrío panorama de las barreras y obstáculos de todo orden que tiene que superar el profesor, o el aspirante a serlo, falto de ambiente y de motivación suficiente, para dedicarse a lo que, en principio, constituye su vocación.

(25) La frase es de ANGEL LATORRE y corresponde a su libro *Universidad y Sociedad*, Ed. Ariel, Barcelona, 1964, página 269.

los problemas no son de hoy, como se ve, ni se van a resolver en un instante. Es una labor de conciencia colectiva de la que hay que tomar—valga la redundancia—conciencia. Es una labor para la que han de repartirse los papeles. Por lo que hace a la Universidad comenzando por la adopción de un principio de cura de humildad. A ella y a nosotros, los profesores, nos corresponde un papel en esa gran tarea, pero seguramente ni es el papel protagonista, como con énfasis hemos creído tantas veces, ni es el papel de comparsas, como nos han hecho creer en otras ocasiones. Universidad y sociedad—ese es el título del libro que he citado antes y que, a pesar de los quince años transcurridos desde su aparición, sigue siendo un libro valioso y enormemente útil en esa toma de conciencia a que antes me refería—, Universidad y sociedad, digo, no son dos sustantivos separables, sino que han de marchar unidos, al unísono. Ojalá que la Ley Orgánica de Autonomía Universitaria, que pronto van a discutir las Cortes, aporte, en este sentido, si no una solución, sí al menos el marco jurídico necesario para las soluciones de los problemas universitarios más apremiantes. Lo demás no es tarea de una ley, sino de todos y de cada uno.

6. Muchas otras cosas se podrían decir y muchos otros temas se podrían abordar al hilo del libro de Macías Picavea o tomándolo como punto de partida para una reflexión personal. Pero me remito a la introducción de F. Sainz de Robles a la edición del Instituto

de Estudios de Administración Local y también a la de J. Jiménez Lozano, prologando el libro de Senador Gómez en la misma colección «Administración y Ciudadano» del IEAL, donde el lector interesado encontrará otras vetas aproximativas a la obra de estos dos regeneracionistas, o a la bibliografía especializada, una muestra de la cual se indica también desperdigada en las notas de este mismo trabajo.

La referencia a la reedición del libro de Macías Picavea nos ha llevado por distintos derroteros. Podría haber otros. Y los hay, desde luego. Esa es, según creo haber dicho, la virtualidad del libro: servir de base y guía para una reflexión personal y colectiva a la vez. Lo que he pretendido hacer ha sido llamar la atención para que

esa reflexión no sea una simple —y falsa— trasposición mimética, ajena a todo esfuerzo de ir más allá de una lectura superficial, de asumir las contradicciones de la obra del escritor castellano, de proyectar el futuro no desde la negación de su pasado, sino desde su asunción crítica...

No quiero alargarme más. Sólo quiero decir, para terminar, frente a ese hipercriticismo desencantado a que antes me refería, que si un día el poeta fustigó a los que dijeron: «El hoy es malo, pero el mañana... es mío», hoy hay que decir, con él, que no. Que el hoy no es que sea malo, sino que quizá no es bueno. Pero el mañana es nuestro. Es decir, de todos.

LUIS MARTÍN REBOLLO